EL IMPOSTOR

(PEDRO URIS, 1995)

No sabía ni quién, ni cómo, pero alguien le había tomado ventaja. Eso era algo que hasta entonces nunca le había sucedido porque la ventaja siempre había sido suya.

Alguien al que seguro conocía, pero que no había sido capaz de identificar. Alguien que había sabido ocultar sus intenciones hasta el último momento. Alguien que aún permanecía en la sombra y que quizás hubiera estrechado su mano esa misma mañana.

Tal vez lo tuviera a la vista ahora o tal vez aguardara su paso en algún lugar del edificio. Alguien que, en esos momentos, quizás se encontrara en su propio hogar. Un amigo o un enemigo, poco importaba, esas palabras carecían de sentido para Lucas. Alguien le había tomado ventaja. Alguien cuya mirada no le había revelado nada. Alguien que había sido capaz de ocultar sus intenciones hasta el final.

A través de la cristalera que aislaba un lateral de su despacho, Lucas trató de identificar las siluetas que cruzaban fugazmente el pequeño trecho de corredor que resultaba visible desde su mesa. Siluetas en la sombra, formas que no dejaban ver su rostro, hombres y mujeres que no revelaban su identidad. Esa era su gente. Sus amigos, sus enemigos, sus iguales. Los impostores.

Lucas siempre había sido un impostor. Lo fue en el propio vientre de su madre, al adoptar una posición engañosa de modo que su sexo quedara oculto y confundido y sus padres creyeran hasta el último momento que iban a traer al mundo a una niña. Desde entonces hasta ahora que, rebasados los cincuenta, se resistía a creer que el final del camino se encontraba tan cerca que, en adelante, sólo debía pensar en defender los privilegios adquiridos hasta entonces.

Cincuenta años atrás, la primera imagen que su cerebro logró componer de manera completa fue el reflejo de su madre en un espejo. Al verla, Lucas supo en lo

profundo de su instinto animal que esa mujer era su fuente de vida, su único lazo con el mundo que le aguardaba. Extendió sus brazos tratando de alcanzarla, pero cuando ella estuvo tan cerca que creyó que iba a tocarla, Lucas sintió el calor de una mano en su espalda. Sus ojos le habían engañado y Lucas ya no volvería a confiar en la imagen de las cosas.

Aprendió entonces a sentir el mundo a través de los sonidos. A reconocer los pasos de su madre en las distintas habitaciones de la casa, a esperar la comida a partir de los ruidos que le llegaban desde la cocina, a distinguir a las personas por la distinta intensidad de los latidos de su corazón. Sin embargo, esta nueva confianza sólo duró unos días y cuando los sonidos también le traicionaron, Lucas supo definitivamente que la realidad era algo distinto de la apariencia física de las cosas.

Todas las noches, al regreso del trabajo, su padre lo acunaba en sus brazos hasta que el pequeño reloj de pulsera avisaba del cambio de hora y reclamaba el baño nocturno del pequeño. Lucas asoció ese pitido intermitente con la sensación placentera del agua caliente, pero el azar quiso que el día de su bautismo, cuando Lucas, desconcertado por el novedoso murmullo que había en el interior de la iglesia, trataba de reconocer algún sonido que le fuera familiar, el reloj de su padrino marcara la hora instantes antes de que el sacerdote completara el rito sacramental. Así, cuando Lucas escuchó el breve pitido que anunciaba una nueva hora y aguardó confiado la placentera sensación del agua caliente, el agua fría de los cristianos recorrió su cabeza y le hizo gritar más de miedo que de dolor. Tampoco los sonidos decían la verdad.

La única foto que Lucas guardaba de su niñez encerraba este secreto entre sus márgenes, de un modo que sólo resultaba comprensible para el propio Lucas. En ella se veía un grupo de niños sorprendidos en sus juegos navideños. Para todos, incluidos sus padres, evidentes autores de la misma por la distribución de los personajes en el plano,

el niño que aparecía en primer término cubierto por una máscara era Lucas. Una máscara que aparentemente ocultaba su identidad, pero que provocaba un engaño más profundo, porque él no era el niño que sus padres habían enfocado y que durante muchos años señalarían cuando mostraran aquella foto a familiares y amigos. Aquella tarde navideña, Lucas había cambiado su ropa con otro de los niños y, oculto tras una máscara distinta, había sentido por primera vez el vértigo de no ser uno mismo. En la parte superior izquierda de la foto, confundido entre los demás niños, Lucas miraba directamente al objetivo de aquella cámara que pretendía atrapar la realidad de las cosas a través de su apariencia física. Sólo él era capaz de reconocer su mirada en ese pedazo de papel, una mirada que estaba oculta tras la máscara equivocada.

No fue hasta unos años más tarde cuando Lucas comprendió que no estaba solo en el mundo, que había otros que, como él, ocultaban sus sentimientos y convicciones y que, gracias a ello, parecían disfrutar del respeto de sus mayores. Sucedió la tarde en que acudió, en compañía de otros alumnos, a la capilla del colegio para participar en un pequeño coloquio en torno al sacramento de la comunión que todos ellos iban a recibir en breve. El sacerdote que lo dirigía no era un desconocido para Lucas. Durante todo ese año escolar les había iniciado en los misterios de la naturaleza y les había desvelado algunos de los secretos de la vida de los animales y de las plantas, utilizando para ello tal cantidad de referencias científicas que Lucas estaba convencido de que aquel hombre poseía la llave del saber más profundo.

Entonces, ese mismo hombre les habló del sacramento que iban a recibir y les anunció los misterios sobrenaturales que se producirían en el interior de unos alimentos tan comunes como el pan y el vino. Lucas lo miró con la profundidad del que ha encontrado un hermano, aquel hombre estaba mintiendo, no era posible que creyera ambas cosas al mismo tiempo. Ese hombre era capaz de adaptar su discurso a las

necesidades del auditorio que tuviera delante. Capaz de hablar con la misma seguridad de lo divino y lo humano. Capaz, pues, de ocultar para siempre sus convicciones más profundas. La felicidad que Lucas experimentó en esos momentos al saber que ya no estaba solo en el mundo, se revelaría con el paso del tiempo particularmente inútil, pues varios años más tarde descubriría que sus iguales, los impostores, se encontraban en todas partes y que la única diferencia que existía entre ellos era su mayor o menor habilidad para adaptarse a las necesidades del momento.

Tan sólo una vez en su vida despojó su alma de la máscara que la amordazaba. El motivo fue una mujer llamada Julia, una compañera de la Universidad que se acercó a él con inaudita sinceridad y que, movida por el amor que Lucas le inspiraba, le mostró, sin miedo y sin pudor, el brillo de sus sentimientos. La emoción irrepetible del primer amor hizo que Lucas también decidiera revelar la verdad de sus pensamientos, la verdad de sus deseos, la verdad de su destino. Mostrar el brillo de su corazón. Buscó para ello un pequeño acantilado donde las olas rompieran con la fuerza de la tormenta que sus revelaciones iban a desatar en el corazón de aquella mujer. En el corazón de la mujer de la que estaba enamorado.

Allí, Lucas habló de sus mentiras y de su desprecio por los demás. Habló del mundo al que quería pertenecer, un mundo en el que era necesario el engaño para poder triunfar, un mundo en el que era peligroso caminar sin la máscara adecuada. Habló del éxito, del poder y del dinero, y ocupado como estaba en explorar las profundidades de su alma, apenas miró durante ese tiempo a la muchacha, convencido de que la sinceridad de sus revelaciones, una intimidad que no había tenido, ni tendría nunca, con nadie, crearía entre ambos un lazo indestructible. Por ello, su sorpresa siguió siendo sincera cuando, al mirarla, descubrió en su rostro la misma tormenta de dolor que a sus pies desataban las olas contra las rocas. Las lágrimas que recorrían el rostro de Julia, las

lágrimas de la sinceridad, le devolvieron a su mundo. Al mundo que no debía haber abandonado nunca y del que ya no conocería retorno por el resto de sus días. El mundo de los impostores.

Nunca más volvió a sentir esa debilidad y cerró filas junto a los hombres de su generación, en busca de esa grieta en la sociedad de sus mayores que le permitiera la entrada en el mundo del éxito, del poder y del dinero. El único mundo real que existió desde entonces para Lucas.

Un mundo diferente del mundo de los sueños que había elegido Julia. Los sueños de un puñado de hombres y mujeres que deseaban sinceramente cambiar el mundo, hacerlo mejor. ¿Mejor para quién? Lucas sabía que todos ellos pertenecían a la raza de los perdedores y que sólo les aguardaba el fracaso y la decepción. Tarde o temprano, el mundo real los arrojaría fuera del camino y los olvidaría en tierra de nadie, para que allí siguieran soñando en trazar la línea que separa el bien del mal. La línea de la moral. ¿La moral para quién?

El grueso de su generación estaba, sin embargo, a su lado, preparados para la carrera de la vida, dispuestos a fingir nobles motivos y a luchar por heroicos ideales, sin otro objetivo que provocar esa grieta en el mundo de los mayores que les abriera las puertas del relevo. La pequeña ventaja que Lucas se concedía en esta competición era el reconocimiento de sus propias limitaciones, pues sabía que no era una persona intelectualmente brillante, que pertenecía a la amplia franja de los mediocres, y creía, esta vez sin razón, que las cimas del poder y el dinero le estaban vedadas. Su única oportunidad estaba, pues, en permanecer al lado de quienes se encontraran en disposición de alcanzarlas.

Tuvo así, en el curso de los años, muchos amigos, muchos falsos amigos, a los que sirvió y en los que se apoyó para no quedar fuera cada vez que la vida efectuaba una

de sus implacables selecciones. Amigos de juventud y amigos de la madurez, amigos de copas y amigos de canalladas, amigos con los que compartió mujeres y amigos a los que se las quitó, amigos de iglesia y amigos del callejón. Amigos para todo y amigos para nada. Amigos necesarios para recorrer los peldaños del éxito. Peldaños miserables, sembrados de humillaciones, traiciones y renuncias, que Lucas ascendió sin desmayo, mientras muchos de aquéllos a los que había tomado por modelo y guía perdían su oportunidad y terminaban enterrando sus talentos en el pozo de la mediocridad y el anonimato.

Esa fue la última revelación que tuvo en su paso por la tierra, no eran necesarias unas condiciones especiales para triunfar en la sociedad, el más mediocre de los mediocres podía hacerlo. La inteligencia y la brillantez eran cuestiones accesorias que, en ocasiones, incluso podían constituir un obstáculo en la lucha por la vida. Al final sólo contaba la falta de escrúpulos y la capacidad para engañar, y de estas dos virtudes Lucas andaba sobrado.

Conforme pasaron los años y sus acompañantes se fueron reduciendo, Lucas supo que había alcanzado la meta que se había propuesto en su juventud. Pertenecía a ese grupo de elegidos, a mitad camino entre la economía y la política, a mitad camino entre lo público y lo privado, que participaban en la decisión de los destinos de la sociedad. Supo entonces que sus enemigos ya no estaban entre los que aún quedaban por encima de él, sino que se hallaban entre aquéllos que se movían a sus pies buscando, como hiciera él en otro tiempo, una grieta por la que poder cambiar de mundo. Jóvenes que defendían novedosas teorías, que hablaban de renovación, que incluso lanzaban mensajes de regeneración. Una nueva hornada de impostores que escondían en su corazón el mismo acero que Lucas había llevado consigo durante toda su vida. El acero que ahora adivinaba tras esas sombras que, de tiempo en tiempo,

cruzaban fugaces el pequeño trecho de corredor que resultaba visible desde su mesa de trabajo, y dejaban tras su paso un espacio tan oscuro y desierto como el hueco de la tumba que, algunos años antes, le reveló la insensibilidad definitiva de su alma. La tumba de su madre.

Cuando los dos funcionarios del cementerio levantaron el ataúd que contenía el cuerpo sin vida de la que fuera su madre y comenzaron a introducirlo en el nicho, Lucas supo que vivía la última vez, a partir de entonces no sería más que el pasado y el recuerdo. Aquella pequeña caja de cemento encerraba el secreto del nunca jamás. Era pues la despedida definitiva y Lucas confiaba en conocer desde las profundidades de su alma ese dolor humano que durante tantos años le había sido esquivo. Ahora o nunca, se dijo, mientras aguardaba un llanto que jamás llegó porque la única imagen que pudo encontrar en los abismos de su espíritu fue la de una mujer que le ponía la mano en la espalda.

Cuando todo terminó, Lucas permaneció algún tiempo inmóvil, solo bajo una lluvia que no había cesado de caer durante toda la ceremonia, mientras sus familiares y amigos le observaban desde una prudente distancia para no turbar ese dolor que Lucas, con la vista fija en el yeso fresco que ahora cerraba la caja del nunca jamás, trataba de encontrar inútilmente. Unos minutos después, mientras caminaba hacia los suyos, Lucas tuvo una postrera revelación que siempre se resistió a creer y que aún hoy confiaba en que fuera falsa. No ocultaba ningún sentimiento tras la máscara, porque ya no los tenía. Tras la máscara no había nada. ¿Desde cuándo?

Lucas miró a su esposa y su hijo, que le aguardaban junto al coche, como no los había mirado nunca. Un matrimonio calculado, un matrimonio sereno y sin sobresaltos que le había permitido avanzar posiciones en la vida. Un matrimonio que había mantenido su temperatura en las noches de amor más apasionado. Esas noches que

Lucas lograba fijar en su cerebro el rostro de otra mujer mientras sacudía con inútil furor el cuerpo de la suya. Las noches y los días de una vida en común que ahora, mientras caminaba bajo la lluvia en dirección a los suyos, sentía completamente ajena, como si la hubiera vivido otro.

A través del retrovisor, Lucas contempló la imagen de su hijo y trató de encontrar allí el amor que no había hallado en el último adiós de su madre. Ese resto de sinceridad que se suponía aún quedaba entre los hombres de su mundo. Un apego animal hacia su familia, hacia los suyos, que Lucas no fue capaz de encontrar en su corazón. Ni lo hizo entonces ni podía hacerlo ahora que caminaba solo en la oscuridad del corredor mientras se preguntaba tras cual de aquellas puertas se encontraba el hombre que le había tomado ventaja.

Ventaja, ésa era la palabra que había definido su vida. La ventaja que, poco a poco, consiguió sobre los hombres a los que llamó amigos. La ventaja que obtuvo de un matrimonio que le abrió unos centímetros la puerta trasera del mundo de los triunfadores. La ventaja que le ofrecieron sus buenas relaciones con los hombres del dinero, con los hombres de la prensa, con los hombres de la política, con los hombres de la iglesia. La ventaja que consiguió siendo alguien distinto en cada ocasión. La ventaja de conocer la posición de cada cual en el entramado de favores e intereses cruzados que constituían su mundo y su vida. La ventaja del impostor.

Pero toda esa vida de mentiras, toda esa fachada en la que había cimentado su éxito personal y profesional, parecía tambalearse esa noche que sentía a sus espaldas el aliento de alguien que buscaba su lugar. ¿Dónde estaba ahora el refugio para su rabia, su dolor y su miedo?

Lucas conocía bien la respuesta a esa pregunta y por eso caminaba describiendo círculos en la noche, sin ser capaz de tomar ninguna dirección. Ya no quedaba ninguna dirección para él. Ya no había nada tras las puertas que responderían a su llamada.

Lucas se sentó junto al único hombre que había en la barra del bar, tal vez junto al único hombre que había en todo el local, aunque la penumbra que reinaba al fondo le impedía saberlo a ciencia cierta. El hombre lo miró y puso ante él una foto que tenía entre sus manos. Era la foto de un perro que Lucas contempló en silencio.

— Era algo más que un buen perro, era un amigo. El único amigo en el que he podido confiar plenamente.

Un amigo. Al escuchar esa palabra, Lucas levantó sus ojos hacia aquel hombre al que nunca había visto.

—Su enfermedad era irreversible y esta mañana he tenido que llevarlo hasta la muerte. Cuando el veterinario se le ha acercado con el veneno, aún ha tenido coraje para enseñarle los dientes. Entonces le he puesto la mano en la cabeza y él me ha mirado con la profundidad de las noches que hemos pasado uno junto al otro. Después ha aceptado sin un gesto la inyección que iba a terminar con su vida. Ha confiado en mí hasta el último momento. Esa es nuestra ventaja.

— ¿Nuestra ventaja?

— La ventaja que tenemos sobre los animales, nuestra capacidad de fingir y engañar. La posibilidad de traicionar. Esa es una palabra que carece de significado para ellos.

Entonces Lucas bajó lentamente la mirada hacia la foto que el hombre tenía entre sus manos y trató de descubrir en los ojos de aquel animal el brillo de la sinceridad que ya nunca encontraría entre los hombres.